

Parábolas de la misericordia

24º Domingo del Tiempo Ordinario

Se acercaban a Él todos los publicanos y pecadores para oírle, pero los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos". Entonces les propuso esta parábola: "¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone gozoso sobre sus hombros y al llegar a casa llama a los amigos y vecinos y les dice: «¡Alegraos conmigo porque he encontrado la oveja que se me había perdido!». Os lo aseguro: del mismo modo habrá más alegría en el Cielo por un pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia. ¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende una luz y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y al encontrarla, llama a las amigas y vecinas diciendo: «¡Alegraos conmigo porque he encontrado la dracma que había perdido!». Os aseguro que del mismo modo se alegrarán los ángeles de Dios por un solo pecador que haga penitencia".

Lc 15,1-10

Gracias, Jesús, por dejarnos estas grandes joyas de la misericordia, estas grandes joyas de tu Corazón: las parábolas de la misericordia. "¡Felicitadme! ¡He encontrado la oveja que se me había perdido!". Y la otra parábola: "¡Felicitadme! ¡He encontrado la moneda que se me había perdido!". ¡Qué joyas de tu amor! ¡Qué regalos! Cómo hoy, Jesús, quiero leerlas muy despacio, meterme en tu Corazón, y ver lo que eres: un Padre amoroso que acoge a todos, un loco de amor por todos, por cada uno de nosotros. Y no tienes reparo en acoger al pecador, al que se pierde, al que se va de tu casa. Eres así. Y haces fiesta. Y haces alegría. "¡Felicitadme! ¡He encontrado a esta oveja que se me ha ido del redil, pero no me importa cómo venga! La cojo en mis brazos y la meto en mi corazón. Me lleno de alegría, celebro una fiesta y soy feliz porque está ella aquí conmigo". ¡Cómo disfrutas de la vuelta de tus hijos! ¡Cómo disfrutas cuando encuentras al hijo o a la hija que se ha perdido! ¡Cómo disfrutas!

Estas dos parábolas de hoy: la oveja que se pierde y la moneda que se extravía. Entro en tu Corazón y veo lo grande que eres, veo la gran misericordia, veo el amor extremo, alegría en el Cielo por todo. Tú eres misericordia, eres perdón. ¡Gracias, Jesús! ¿Qué sería de cada uno de nosotros, qué sería de mi vida si Tú no la acogieras, si tu Corazón no fuera así? "Este hombre acoge a los pecadores". Tus gestos, tus palabras demuestran lo grande que eres, demuestran el amor que nos tienes, la alegría, el gozo, el perdón y la bondad tuya.

¡Gracias por tu Corazón! Pero también hoy te quiero decir que no quiero ser esa oveja que se sale del redil, ni esa moneda que se pierde. Quiero estar contigo, quiero no separarme de tu camino. Pero eres tan misericordioso, tan bueno que cuando yo me salga, cuando yo me pierda, cuando yo te falle, sé que te tengo a ti, que me sabes perdonar, que me sabes comprender, que me sabes amar. Las grandes actitudes de la misericordia.... ¿Podré yo hacer así con los demás? ¿Sabré hacer así con los demás?

No quiero seguir... En silencio entro en tu Corazón y aprendo a amar, aprendo a ser ese Padre bueno, ese Pastor bueno, que no se puede contener de amor y sale en busca de lo perdido. Gracias también porque cuando he sido oveja perdida y moneda descarriada también, sé que me has buscado, me has traído a tu Corazón, a tu regazo, y me has llenado de amor. Quiero disfrutar de tu amor en este encuentro...

Y se lo pido a tu Madre: que me meta en ese Corazón tuyo, y que cuando me extravié, que sepa acudir a tu voz y a tus pasos. Que nunca me separe de tu redil y de tu Corazón, que nunca... Y que aprenda de ti también a tener ese don de fortaleza para que no decaiga y para que tenga una confianza plena en tu Hijo. ¡Aumenta, Señor, mi fe! Que me llene de tu amor y que sepa practicar la misericordia con todas las personas que encuentre en mi camino; que aprenda a practicar la misericordia con mis hermanos, con quien me solicita mi trato, mi cariño; que aprenda a vivir la vida desde la misericordia y desde el amor. ¡Gracias por darme esta buena noticia, Jesús! ¡Gracias por darme las grandes lecciones de la misericordia! Gracias por el tesoro y por el regalo de estas dos parábolas tan profundas que me llevan a la misericordia, a tu amor, a tu Corazón y a ejercitar lo que aprendo de él.

Que así sea.